

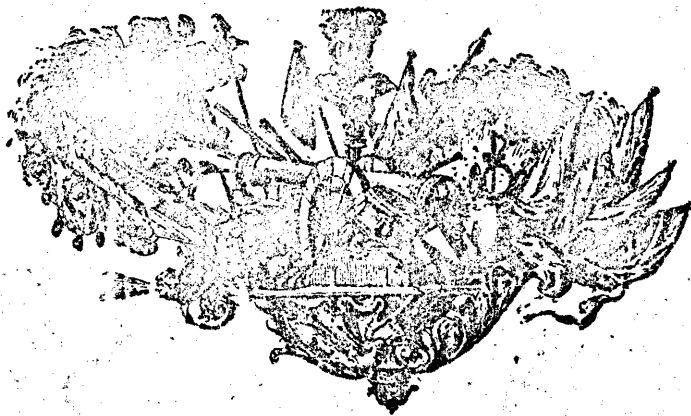
072-045

JORGE VIGON

# UN PERSONAJE ESPAÑOL

DEL SIGLO XIX

(EL CUERPO DE ARTILLERÍA)



C. I. A. P.

MCMXXX

Y es lícito creer que cuando un Cuerpo que desde 1765 a 1928 ha producido 5.605 Oficiales, ha ofrecido a su país tal proporción de hombres de valer, nadie podrá dudar de que estaba animado de un algo inmaterial que le daba vida, de un espíritu que si ha tenido instantes de flaqueza, crisis de vacilación, momentos de error, estaba, sin embargo, a tanta altura, que no podría verse sin amargo dolor que se perdiera.

### VIII

Si al llegar a este punto alguien se creyese defraudado, porque acaso del título del libro se hubiese prometido como plato final una jugosa porción de apasionantes noticias salpicadas del ácido condimento de la actualidad, piense que el mejor tributo que el autor podía ofrendar a la sincera serenidad es esta abstención y el reconocimiento de que el punto de vista en que la vida le ha situado está demasiado próximo a la escena para que pueda ofrecerle una perspectiva aceptable; y que aun está el alma en carne viva para que puedan rozarle los recuerdos sin excesivo dolor.

Es el momento de que hablen los desapasionados espectadores y de que los que en los sucesos tomaron parte activa vayan confiando al cuidado de la pluma las rectificaciones necesarias que habrán de ver la luz más tarde.

Ha empezado la tarea—bien documentado por cierto—D. Gabriel Maura; el entronque de los sucesos pos-

teriores al año 1923 con los que empezaron a producirse públicamente en 1917 no es difícil de encontrar, y las raíces de éstos hay que ir a buscarlas clavadas en la *España invertebrada*, de Ortega y Gasset.

Habrán de pasar años antes de que puedan enjuiciarse con probabilidades de acierto todas las actitudes; hoy apenas es posible otra cosa que rechazar con una palabra condenatoria a los que sirvieron una vez más de eco al torpe *percutit Saul mille et David decem millia*, y contener el gesto de fisiológica repulsión que inevitablemente nos acarrea la presencia de aquellos pobres de espíritu que no supieron sentir el decoro de un aislamiento digno, ni resistir a la tentación de una efímera situación de privilegio.

Es el caso que D. Gabriel Maura ha podido escribir en estos días:

“Desde septiembre de 1926, y Dios sabe para cuántos años, bajo el epígrafe “Cuerpo de Artillería” se pudo escribir un glorioso recuerdo; mas no, por desgracia, realidad ninguna nacional. La colectividad que hicieron desaparecer conjuntamente la sevicia dictatorial, el descrédito en que cayó por culpa de su rebeldía para unos y del fracaso de ella para otros, y, en fin, la ponzoñosa y disgregadora corrosión interna del infortunio, estuvo integrada por muchos perfectos caballeros, militares pundonorosos y fervientes monárquicos. Vivas, aunque desalentadas, quedaron, claro es, las individuales virtudes, pericias y capacidades de cada cual; pero el homicida aniquilamiento del ser colectivo mutiló al Ejército, debilitó a la Monarquía y empobreció el patrimonio moral de la Nación.”

De este sangriento cuajarón de verdades, cada pala-

bra no fué al cerebro por el camino de los ojos sin rebotar dolorosamente mil veces en el alma.

Yo no hubiera cogido la pluma para añadir un solo rasgo al copioso acervo de los recuerdos gloriosos. Si en ella quise enredar los hilos del pasado, bien claro fué el propósito de buscarle una sujeción para que no se perdiera en un loco precipitarse hacia el porvenir.

Pero es esto lo verdaderamente interesante.

El presente podrá permitir recoger de aquellas cualidades y virtudes que el Conde de la Mortera apuntaba las—pocas o muchas—que aun pervivan, no para lañar habilidosamente el ánfora rota, sino para utilizarlas en la construcción de una, quizá de distinta forma, pero en la que habrán de guardarse aquellas viejas esencias que aun serán capaces de prestar su atractivo a la vasija nueva.

Quiere esto decir que, si los tiempos nuevos traen—empujada por las experiencias pretéritas y arrastrada por las complicaciones y las exigencias del presente y del próximo porvenir—la necesidad de vaciar en nuevos moldes esta, todavía necesaria, institución del Ejército, será prudente extraer de la experiencia del pasado no pocas enseñanzas y, por lo que a los artilleros toca, recoger rápidamente esta herencia que está en trance de apresurada liquidación, para ofrecer, cuando menos, a los que legítimamente deben entrar mañana en posesión de ella, un limpio solar sobre el que se pose el fruto de su genio constructivo.

Son difíciles los momentos, pero no hay que amilanarse. Lo eran hace ciento veinte años, cuando el autor de aquellas *Observaciones sobre los privilegios...* escribía:

"Poco o mucho, en todos hay que enmendar o reformar: el poco amor e interés al Real Servicio es visible; la indiferencia con que generalmente mira cada uno sus obligaciones es un contagio que se ha extendido en todas clases y empleos; la religión va en decadencia muy apriada; el respeto del inferior al superior está casi totalmente perdido; la charlatanería ha establecido cátedras infinitas; en fin, el vicio es general, mas la ocasión presente es tal vez la única que puede haber para desterrarle."

Y, sin embargo, las dificultades fueron vencidas, salvados los obstáculos, y más de un siglo de vida nobilísima viene a decirnos con qué fortuna.

Parece que, en líneas generales, el Oficial de un mañana inminente ha de poseer, ante todo, un profundo sentido social y jurídico, una idea clara del puesto que a él le toca en el Ejército y del papel que a Ejército cabe dentro de la Nación, y una sensibilidad normal para todos los problemas que se plantean en torno suyo—declaramos, con Wilde, una guerra implacable a la superficialidad—; un firme propósito de no aislarse, de no sentirse exclusivista, de reaccionar contra toda tendencia a una adscripción del Ejército a un bando, a un partido, a una clase social; un sentido claro y preciso de la diferencia que hay entre algunos vocablos que con frecuencia se confunden: que no es lo mismo Patria que Estado, ni uno y otro deben confundirse con Gobierno, y son los tres conceptos que hay que jerarquizar debidamente.

Con lo que quedan planteados algunos problemas cuya solución será preciso abordar. Porque hay que convenir en que los métodos seguidos hasta ahora para formar Oficiales no se prestaban demasiado bien a esos vuelos del

espíritu cívico, que solía marchar a la zaga de un no siempre bien entendido espíritu militar. Es una orientación la de la educación moral de la oficialidad que interesa a la Nación y que no debe ser dejada a la dirección exclusiva del propio Ejército, y a mí me parece entrever aquí un punto de contacto que en lo futuro han de tener los Centros de instrucción militar y la Universidad.

Pienso en ésta tanto más, cuanto que tengo la evidencia de que allí está la clave—con la que será preciso dar—para que, al formar Oficiales, no se les obligue a desertar de ese bien entendido *deber de rebeldía que predica Marañón a la juventud.* Estoy seguro—como lo estará cualquiera que logre asir debidamente este concepto de rebeldía—de que no es ella, en modo alguno, incompatible con la disciplina. Habrà disciplina donde cada uno pueda reconocer en torno suyo, y mirando hacia arriba y hacia abajo, *justicia;* pero, con todo, no habrá *verdadera disciplina donde falte compañerismo,* donde uno se encuentre junto a otros hombres con los cuales no tiene un pasado común de que hablar, ni un fondo de tradiciones a que permanecer fieles, ni una idea común respecto al presente, ni una única aspiración para el futuro.

De entre las ruinas del Cuerpo de Artillería es preciso salvar dos preciosas virtudes: el culto al compañerismo y la estrecha devoción al honor; de entre los restos que cubre aquel rótulo que entrevió Maura, saldrán ambas con abolladuras y desgarrones y cubiertas por las cenizas y el polvo que abatió sobre ellas la catástrofe; pero no importa: aun serán útiles para reconstruir un instrumento que sea capaz de registrar en el porvenir todas las alteraciones de la atmósfera nacional con más sensibilidad aún

—debemos aspirar a que así sea—de la que, como hemos visto, fué capaz el Cuerpo de Artillería a través de todo el siglo XIX.

**Pero no es ello suficiente.** Sobre este firme asiento de educación moral y política es preciso levantar el sólido edificio de una competencia técnica indiscutible. Ya entreveía la dificultad que entrañaba esta exigencia el Director General que en 1830 decía a los Caballeros Cadetes:

“Y en este aspecto científico y facultativo de la guerra, la parte que cabe al Oficial de Artillería es la que obliga a unos esfuerzos más constantes, a un estudio más profundo, a unas calidades al parecer contrarias entre sí, y por lo mismo muy difíciles de combinarse en un mismo individuo. Estudio y actividad, saber y subordinación, arrojo y osadía...”

Y desde entonces las dificultades han crecido en progresión fabulosa; porque ahora la industria, que necesita también de esos elementos y que puede pagarlos mejor, se los lleva, porque han pasado ya aquellos tiempos en que unos hombres de gran mérito, con unos sueldos exigüos, conservaban una gran consideración social; hoy el Estado no puede mantener aquel tácito contrato por el que se compensaba lo escaso de la remuneración con la asignación generosa de prerrogativas y consideraciones que pugnan ya con el espíritu del tiempo; pero, sobre todo, ha acrecido—y muy rápidamente en pocos años—el empuje que, por la prisa de vivir y por la necesidad de hacerlo mejor que antes, pero, sobre todo, mejor que el vecino, trae a la vida el dinero; y, en consecuencia, se ha desplazado hacia él la consideración y los halagos que

antes se dedicaban a virtudes y a prestigios de muy altos quilates morales, pero de escaso valor adquisitivo. Estaba cerca de la concepción que esta situación viene a imponer al Ejército, el Cuerpo de Artillería, de cuyos miembros decía hace cien años Navarro Sangrán en Alcalá:

"Así, aun en el tiempo de paz, sabe el Oficial de Artillería granjearse, en medio del mundo, el lugar y el honor, debidos a la educación esmerada que recibió en el hogar de su enseñanza, y no es un objeto inútil y olvidado, como la espada cuando no se esgrime, o como el instrumento músico cuando no suena." Y hasta nuestros días hemos venido viendo comprobada la verdad de tales palabras en el número creciente de Oficiales del Cuerpo que se han visto solicitados por la industria particular, hallándose en este indudable refuerzo de la capacidad industrial de la Nación la mejor compensación del coste—impugnado a veces con poca reflexión—de las fábricas militares.

Es preciso, sin embargo, que la solución sea de más amplios vuelos. Si el Estado desea conservar a su servicio a esos elementos técnicos de valía y no puede garantizarles un bienestar económico como el que sean capaces de obtener fuera de los escalafones oficiales, deberá permitirles alcanzar los más altos puestos en la jerarquía militar y dominar en ellos, lo que redundará, no en beneficio particular, sino en el del propio Estado, pues la solución de la guerra del porvenir no es aventurado vaticinar que estará en las manos de un Estado Mayor Técnico.



Y si el país no se resuelve a acometer el problema en esta forma, habrá de resignarse a mantener una ficción de Ejército, porque es pueril pensar que—descartando unas pocas individualidades que por razones especiales no sigan la norma general—el que se encuentre con capacidad suficiente buscará fuera del Ejército un mejor medio de vida, y en él quedará el que no tenga fuerzas para la lucha.

Es un problema que es preciso afrontar y que, por una vez siquiera, debemos abordar de espalda a todo utopismo; es preciso poner las manos en la realidad y operar sobre ella.

Se trata, en definitiva, de que entre el Ejército y la Nación se verifique un proceso de ósmosis en lo espiritual y en lo técnico; que de ambas especies las soluciones químicas que ofrezca el primero y que presente la segunda sean homogéneas; quizá el camino esté abierto en los renglones que anteceden.

No quiero sino invitar a la meditación sobre este asunto; que pensando en que es preciso renovar esta institución que es el Ejército, rompa en una inteligencia clara la luz de una idea completa, perfilada y armónica, y se despierte una voluntad de apóstol que haga llegar a todas las conciencias la necesidad de forjar un arma nueva; porque “sin una labor de propaganda y sin esforzarse por convencer, no es posible que las instituciones se renueven. Pero es necesario que, por lo menos, se presente o aparezca de cuando en cuando alguna persona que excite a las demás a ello y que lo haga con calor y con toda su

alma. No es, en verdad, una tarea agradable, que difícilmente se reconoce su labor. No obstante, si sus nervios le sostienen con firmeza y pone habilidad, puede, al fin y al cabo, lograr algún efecto..., aunque no tocara por sí mismo el éxito final" (1).

---

(1) OTTO SCHWAB: Ingeniero y soldado, (Trad. de E. Montesinos.)